

CAPITULO XXI.

Reyerta del adelantado Montejo con el obispo Las Casas antes de volver á Yucatán.—El Adelantado sale de Chiapas y vuelve á Campeche pasando por Tabasco.—Los principales capitanes españoles bajan á Campeche á recibirlo.—Levantamiento de los indios orientales en 1546.—Crueldades que cometen con los españoles.—Martirio de Juan y Diego Cansino.—Asesinato de Hernando de Aguilar y de otros capitanes.—Lope de Mena y Gonzáles de Ayala se escapan de la muerte y dan aviso en Valladolid de la sublevación.—Sitio de Valladolid por los indios.—El cabildo de Valladolid acuerda sostenerse, y nombra por capitán á Alonso de Villanueva.—Se piden auxilios á Mérida.—Simpatías que despierta la insurrección en varios lugares.—Sale de Mérida Francisco Tamayo Pacheco, con cuarenta soldados, en auxilio de Valladolid.—Resistencia que encuentra en el camino.—Rompe el sitio de Valladolid, y entra en esta villa.—Alonso Villanueva y Francisco Tamayo Pacheco atacan á los indios sitiadores.—Nuevos auxilios llegan de Mérida, al mando de los capitanes Juan de Aguilar, Francisco de Bracamonte y Hernando de Bracamonte.—El adelantado Montejo se propone ahogar rápidamente la insurrección.—Nombra general en jefe á su sobrino, y marcha éste á ponerse al frente de la campaña.—Pequeña tregua.—Renovación de las hostilidades.—Los indios levantan el sitio de Valladolid.—Los españoles los persiguen y acosan en sus pueblos.—Ataque de Pixtmax.—Arrojo de Sebastián Vázquez.—Ocupación de Chemax.—Exploración en los bosques.—Sublevación en Chetamal.—Juan de Aguilar va á sujetar á los rebeldes.—Su pacificación.—Política de nepotismo del Adelantado.—Elecciones municipales de 1547.—Concesión de encomiendas vacantes. Proceso iniciado al Lic. Hernán Sánchez de Castilla.—Petición de amparo que hizo D. Luis de Zayas al justicia mayor de Yucatán.—Prisión del Lic. Villafrades.—Residencia del adelantado Montejo y de los capitanes de la conquista, por el Lic. Rogel.—El padre Villagómez.—Sus pretensiones al obispado de Yucatán.

Antes de separarse de Chiapas, el adelantado Montejo tuvo un conflicto con el obispo Las Casas,

con motivo de la evangelización de Tecoluitlan. El obispo y los religiosos dominicos se habían esparcido por esta tierra á predicar la religión cristiana, y preteudían convertir á los indios de aquella lejana provincia por sólo la persuasión, el buen ejemplo y la instruccion, y al efecto habían conseguido del virrey de Nueva España que prohibiese á todo español armado la entrada en aquella tierra, á la cual los religiosos habían nombrado Vera-Paz,¹ como queriendo indicar que allí solo entraría el cristianismo por la paz, y que la fuerza de las armas nunca habría de asolarla. Realmente los dominicos habían alcanzado excelentes frutos reduciendo á muchos indios, convirtiéndolos y fundando varias iglesias. El adelantado Montejo, acaso queriendo consolidar la obra comenzada, envió un capitán allí á fundar una villa dependiente del gobierno de Chiapas. Los religiosos creyeron ver, en esta fundación, una amenaza seria al buen éxito de sus trabajos, y protestando contra la intervención de Montejo, le acusaron al virrey de Nueva España, y alcanzaron de éste orden perentoria por la cual el capitán y soldados de Montejo tuvieron que desalojar la recién fundada villa.

No era, sin embargo Montejo, el adelantado, enemigo sistemático de los religiosos, pues en tanto que molestaba á los dominicos con su intrusión en Vera-Paz, vimos ya que se mostró muy simpático para con los franciscanos, á quienes ofreció toda protección en su gobierno de Yucatán, y aun les ofreció hacer en su compañía el viaje de regreso á

¹ *Cartas de Indias*, pag. 20.

la península, sólo que esta última promesa no la pudo cumplir. No sabemos qué estorbos tuvo que le impidieron ponerse desde luego en camino y acaso sería porque tuvo que pasar por Tabasco, donde hacía tiempo faltaba y tenía intereses cuantiosos, entre ellos varias encomiendas que había trasladado en cabeza de un hijo natural que en Tabasco había tenido con una india, y también en cabeza de D^a Beatriz, su esposa.¹

En Mérida, Campeche y Valladolid se sabía con anticipación que el Adelantado debía llegar próximamente de Tabasco, pues desde Octubre de 1546 los principales capitanes y conquistadores se habían trasladado á Campeche á darle la bienvenida. Fué prolongada su espera, pues el Adelantado hubo de llegar á San Francisco de Campeche el 25 de Diciembre de 1546.² Al llegar, encontró la península con grande agitación por la sublevación de los indios orientales que había estallado simultáneamente en varios pueblos de los Tazes y Cupules, el 9 de Noviembre de aquel mismo año.

Aunque sojuzgados los indios, por la fuerza de las armas unos, y otros por el convencimiento de su impotencia, había sin embargo algunos pueblos ó tribus que impacientes tascaban el freno, y que ardían en deseos de sacudir el yugo y librarse de la dominación española. Dábales alientos el verse ellos tan numerosos y á los españoles pocos y separados entre sí por largas distancias: los españoles vivían en la ciudad de Mérida y en las tres

¹ *Cartas de Indias*, pag. 74.

² *Cartas de Indias*, pag. 73.

villas de Campeche, Valladolid y Salamanca de Bacalar; mas aunque allí tuviesen su vivienda y familia, tenían también casa en los pueblos de sus encomiendas, donde cada uno de ellos, solo y aislado, pasaba de cuando en cuando cortas temporadas ya para la cobranza del tributo, ya para el arreglo de las granjerías que empezaban á establecer.

Los Cupules y los Tazes del oriente eran los que más aborrecían á los españoles, y entre ellos nació la primera idea de acabarlos, matándolos á todos al mismo tiempo en los diversos lugares en que se encontrasen. Con el mayor sigilo formaron una conspiración, acordando que al salir los españoles á cobrar el tributo por los pueblos de sus encomiendas, se levantasen los indios y los asesinasen á mansalva, pues encontrándose incomunicados y cercados de enemigos, no era de temer que resistiesen, y así en un mismo día acabarían con tan temibles adversarios. Enviáronse emisarios secretos por todos los pueblos, y la conjuración se esparció como oculta red con tanta destreza y disimulo que los españoles no se dieron cuenta del golpe que les amenazaba: lejos de sospecharlo, muchos de ellos muy quitados de la pena, tranquilos y alegres, se fueron á Campeche á recibir al Adelantado.

Por fortuna, por más bien urdida que hubiese estado la conjuración, no pudo cundir en todo el país y se circunscribió á los cacicazgos del oriente, en donde el 9 de Noviembre de 1546,¹ en noche de luna llena, que fué la señal que ellos tuvieron para alzarse, estalló con el mayor coraje y rabia en di-

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 395.

versos pueblos á la vez.¹ Fué tanta la exaltación de los rebeldes, que no solamente hicieron sentir su recalcitrante odio á los españoles, sino á todo aquello que les parecía oler á español, ó que llevase la menor huella, signo ó recuerdo de España. Mataron diez y ocho españoles que estaban diseminados en los pueblos, seiscientos indios naborias que servían á los españoles, muchos de ellos sus hermanos, hijos ó deudos: ni aun los animales procedentes de España, como perros, gatos, gallinas, se escaparon de su saña: capitanes esforzados que habían pasado ilesos en innumerables combates, fueron asesinados vilmente después de inicuos tormentos. Así murieron Hernando de Aguilar, Juan de Villanueva, Juan de la Torre, Pedro Zurujano, Bernardino de Villagómez, Juan de Villagómez y Pedro Durán.

Fueron inauditas las crueldades que los rebeldes cometieron con los españoles é indios naborias, cogidos de improviso é indefensos: á unos, vivos les sacaban los corazones, á otros los descoyuntaban, les cortaban los brazos y las piernas.

En Chemax los indios rebeldes prendieron á dos jóvenes hermanos llamados Juan y Diego Cansino. No quisieron matarlos en el acto de aprehenderlos y se complacieron en darles una muerte tan lenta como horrible. Prepararon dos cruces en la plaza y fijaron en ellas á las dos desgraciadas víctimas: desnudos, al aire libre, tostados por los rayos del sol, estuvieron sirviendo todo el día de blanco á las fle-

¹ Instrucción y memoria de Juan de Urrutia, encomendero de Cahán-Cenote, Chauac-há y Checkmild.

chas que por turno disparaban los indios entre gritos de odio, imprecaciones é insultos. Los cuerpos de los infelices, convertidos en espantosa criba, manaban arroyos de sangre que, en vez de producir la compasión, encendían las iras de los verdugos. En tanto, los intrepidos mancebos sufrían valerosamente aquel martirio, y refugiándose en sus consoladoras creencias religiosas, distraían sus dolores cantando la salve, y, á los acentos de esta oración dulcísima, se despedían de todas sus prendas terrenales, vislumbrando los destellos de la luz de otra nueva vida que les daban fortaleza y serenidad: todo el día estuvieron padeciendo, y al declinar la tarde espiraron. Ni las sombras de la noche, ni el espectáculo de los cadáveres ensangrentados pudieron apaciguar la furia de los indios: calientes todavía los cadáveres los bajaron de las cruces, cortáronles las cabezas, las colocaron en estacas, y así sangrando, pusieron las los capitanes sobre los hombros en trofeo: despedazaron luego los miembros y los enviaron por medio de mensajeros á otros pueblos, con invitación ardiente de alzarse á sangre y fuego contra los españoles.

En Aké, dormía á pierna suelta el capitán Hernando de Aguilar cuando sitiaron su casa y le prendieron: esa misma noche le mataron cortándole la cabeza y los demás miembros. El capitán Hernando de Aguilar era de los conquistadores más valientes y esforzados; vino de Cartagena y Cabo de la Vela donde brilló como valiente; había asistido á todas las batallas de la conquista, terminada la cual, se estableció primero en Mérida y luego en Valladolid. Dejó á su muerte tres hijas, de las cuales la

mayor, Ana de Aguilar, casada con Bernardo Sánchez, fué madre del Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, uno de los yucatecos más ilustres del siglo XVII.¹

En Pixtemax ó Hemax, los indios incendiaron durante la noche la casa de su encomendero Juan López de Mena, suponiendo que allí dormía y que se quemaría juntamente con la casa, ó que, si quería escaparse, caería de seguro en sus manos. Se engañaron en la suposición, pues en la casa solamente dormían dos adolescentes españoles educandos del encomendero que murieron achicharrados. Juan López de Mena, por fortuna suya, había partido esa misma noche á visitar una hacienda que estaba fomentando en las cercanías: esta circunstancia lo salvó, pues tan pronto como distinguió el humo del incendio, y el pavoroso rumor de la gritería llegó á sus oídos, comprendió el serio peligro que corría, montó á caballo, y á toda prisa se dirigió á Valladolid á dar aviso de la sublevación.

No menos feliz que López de Mena anduvo Diego González de Ayala encomendero de Calotmul, á quien salvó su audacia inaudita. Estaba en su morada en compañía de un negro fiel y adicto cuando oyó ruido como de gente que se aproximaba en tropel. Salido á la puerta, á la luz de la luna vió la multitud de indios que caminaban en dirección á su casa. Con la mayor celeridad se armó de lanza y adarga, y ordenó á su fiel sirviente que ensillase su caballo: paróse á la puerta de la casa enérgico y de-

¹ *Probanzas de méritos y servicios del antiguo conquistador de Yucatán, Hernando de Aguilar, su hijo Bernardo Sánchez, y nieto Alonso Sánchez de Aguilar.*

cidido á vender bien cara la vida; apostrofó con valerosas palabras á sus adversarios llegando á intimidarlos y detenerlos algunos instantes con su lenguaje y aire agresivos: en tanto, el negro aprovechó los momentos, ensilló el caballo y lo trajo á su jefe, quien inmediatamente montó é hizo subir á la grupa al ágil y activo sirviente á quien no quería dejar entregado á la furia de los enemigos: metió la espuela, crujó el látigo, y el ligero animal arrancando tan rápidamente como un relámpago, cruzó ante la multitud de indios que sobrecogidos y atónitos un instante, prorrumpieron en gritos de odio y maldición, y corriendo en pos del indómito jinete, ibanle arrojando piedras y saetas: el caballo corría sin descanso, camino de Valladolid.

La llegada de López de Mena y González de Ayala á la villa libró á ésta de ser tomada por sorpresa: los vecinos nada sabían de la trama que estaba desarrollándose tan cerca de ellos. Despertaron de su letargo, y, comprendiendo que estaban al borde de un abismo, se aprestaron á la más vigorosa defensa: despacharon correos extraordinarios á Mérida y Campeche, pidiendo con apremio que les enviasen socorros.

La situación de la villa de Valladolid era de las más apuradas, y todo hacía creer que sucumbiría, si, como se susurraba, había un levantamiento general de los indios de la comarca. Apenas había veinte españoles capaces de tomar las armas; los demás vecinos de la villa estaban ausentes ó inútiles; unos estaban en Campeche adonde habían ido á recibir al Adelantado; otros estaban esparcidos en los diferentes pueblos de sus encomiendas, y se temía que

hubiesen sido asesinados: las familias se sumieron en la mayor consternación temiendo ser sacrificadas si el auxilio pedido no llegaba oportunamente: la única esperanza era que los indios no se distinguían por la presteza en los movimientos.

Los españoles no se dejaron desmayar en tan ruda prueba: el cabildo se reunió, y nombró por capitán general á Alonso de Villanueva, que era alcalde aquel año,¹ y se formó un pequeño ejército compuesto de los veinte españoles aptos para la guerra, de algunos mejicanos que se habían vecindado en la villa, y de indios naborias: decidieron sostenerse á todo trance y dar tiempo á que el auxilio deseado llegase.

A los pocos días se tuvo noticia de que más de veinte mil indios² estaban alzados y marchaban con dirección á Valladolid. El capitán Villanueva ideó un plan que le permitió defenderse de tan gran multitud de enemigos: al aproximarse los rebeldes á las goteras de la villa, el capitán Villanueva armó hasta á los enfermos é inútiles, y se propuso hacer una salida que atemorizase y desconcertase á los asaltantes: dejó unos cuantos españoles en el centro de la villa tocando cajas y cornetas, y salió con todo el grueso de la fuerza al encuentro de los asaltantes y les presentó batalla. No poco asombro tuvieron los indios viéndose atacados por los que consideraban tan débiles; sostuvieron, no obstante, el combate trabándose enconada refriega, en

¹ *Relación de la villa de Valladolid hecha á Su Magestad en 8 de Abril de 1579.*

² *Relación de Juan Farfán, el viejo, vecino de la villa de Valladolid, uno de los primeros conquistadores.*

que los españoles hicieron prodigios de valor: la caballería cargó repetidas veces sobre los indios, según las instrucciones del capitán Villanueva, y, á pesar de haber sembrado el suelo de cadáveres, no consiguió meter la confusión en sus filas: los ginetes, comprometidos en medio de compacta multitud, corrieron riesgo de ser cogidos prisioneros, y se salvaron merced á su bizarría é intrepidez. El capitán Villanueva no había pensado en derrotar á los indios, atendido el poco número de soldados con que contaba: su fin había sido arredrarlos con la audacia del ataque, y conseguido esto, ordenó la retirada y se puso á la defensiva, fortificándose en la villa. Su estratagema le salió bien: los indios se amedrentaron, y pensando que los españoles no serían tan pocos como habían creído, se abstuvieron de dar el asalto, contentándose con sitiar la villa é impedir toda introducción de víveres: los sitiados, en su propósito de mantener en respeto á los indios mientras llegaban los auxilios de Mérida, continuaron molestandolos diariamente con salidas y embestidas por diferentes puntos.

Al saberse en Mérida lo que pasaba en el oriente hubo gran zozobra, por la consideración de lo atrevidos que eran los indios orientales y lo exiguo del número de españoles que había allí en disposición de resistirles. Ni el capitán general Montejo, ni otros célebres capitanes de probada experiencia estaban entonces en Mérida; que todos habían ido á Campeche á recibir al Adelantado. El ayuntamiento se reunió en sesión extraordinaria, mandó alistar tropa, nombró por capitán de ella á Francisco Tamayo Pacheco, y le ordenó que inmediatamente

saliese y fuese á marchas forzadas en socorro de Valladolid.

Salió el capitán Tamayo con cuarenta hombres españoles y muchos indios amigos,¹ y anduvo con tanta presteza que en veinticuatro horas pudo organizar su pequeña fuerza y en una semana llegar á Valladolid. En el trayecto, más de una vez encontró los caminos cerrados, y aun guerrillas y emboscadas que le llamaban la atención y pretendían detenerle: era que la noticia del levantamiento de los Cupules se había esparcido por toda la península y en muchos lugares encontraba eco y simpatías. Si Valladolid hubiera caído en poder de los indios no hubiera tardado en propagarse la sublevación como en un reguero de pólvora se propaga el incendio.

El capitán Tamayo rompió el sitio á viva fuerza y penetró á la villa, con grande regocijo de los sitiados que se juzgaron ya salvos.

Con este refuerzo, los sitiados cobraron bríos, y, sin esperar la llegada de los nuevos auxilios que se anunciaban, tomaron la ofensiva y atacaron á los indios por todos lados, obligándolos á retirarse de las cercanías, aunque sin conseguir derrotarlos por completo.

El adelantado Montejo supo en Campeche, al llegar, las malas noticias de la sublevación, y se propuso ahogarla en el más breve tiempo posible. Invitó á los indios de Champotón y de Campeche á que le sirviesen como aliados en la guerra, con promesa de recompensarlos: envió á Juan de Aguilar

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo II, pág. 400.

y á Hernando y Francisco de Bracamonte con nuevos refuerzos de españoles é indios en socorro de Valladolid, y nombró por general en jefe á su sobrino Francisco de Montejo y por maestro de campo á Alonso de Zieza, que ya conocían perfectamente el terreno en el cual debía llevarse la campaña, como que ellos habían sido los jefes principales que se habían entendido en la pacificación de los cacicazgos de Cupul, Chikinchel y Tazes. Salió el capitán general Montejo con sesenta soldados españoles¹ y un gran número de indios aliados, y en el camino, después de Izamal, tuvo algunos encuentros con los indios, limitándose á dispersarlos sin detenerse en su marcha. Su tío le había ordenado que tratase de persuadir á los indios, por medios pacíficos y conciliatorios, á que depusiesen las armas, y que excusase cuanto fuese posible la guerra. No dejaría de sonreírse de las ilusiones que abrigaba su jefe: conociendo la pertinacia y ardores bélicos de los Cupules, no se arrullaba con locas esperanzas de hacerlos sosegar con buenas razones, pues demasiado sabía por propia experiencia que con estos indios no había medio asequible sino darles guerra y vencerlos en buena lid hasta que se rindiesen á discreción; mas no queriendo desdeñar las instrucciones del Adelantado, su primera orden fué suspender toda hostilidad: propuso á los rebeldes la paz, el perdón y el olvido de todo agravio, siempre que se sometiesen de buena gana y se retirasen á los pueblos de su vecindad con reconocimiento perfecto del dominio y autoridad de los españoles. La concilia-

¹ *Relación de Juan Cano, el viejo.*

ción era imposible entre los contendientes, pues mientras que los indios querían que los españoles desalojasen el país, éstos, lejos de querer abandonarlo, pretendían vivir en él y ser los señores. Después de algunos días de tregua, se rompieron de nuevo las hostilidades: salió el capitán general Montejo de la villa en forma de batalla, y atacó á los indios en sus posiciones: éstos las defendieron vigorosamente. La pelea duró hasta la tarde, en que los españoles se retiraron en buena formación, después de haber sufrido algunas pérdidas: á la mañana siguiente, se continuó el ataque, y los indios continuaron siempre firmes en sus posiciones: fué necesario atacarlos reiteradas veces y en diversos días para que empezasen á cejar. Murieron veinte españoles y más de quinientos indios aliados en estos encuentros; pero las pérdidas de los rebeldes fueron tan graves que engendraron en ellos el desaliento: empezaron á desalojar sus posiciones por grupos, yéndose á sus pueblos, y pronto quedó libre de enemigos la villa de Valladolid.

Esta retirada no concluía la rebelión, porque los indios estaban resueltos á continuar la lucha en su pueblo respectivo y no reconocer la autoridad española. Estaban ya, sin embargo, en camino de ser subyugados, porque divididos presentaban menos resistencia: los españoles habían reunido un núcleo respetable de fuerzas en el oriente, y su prestigio se había aumentado con el levantamiento del sitio de Valladolid: la insurrección tenía que decrecer y los indecisos entre los indios iban á temer declararse por los rebeldes: la lucha solo iba á continuar con los más porfiados. Montejo, el so-

brino, dividió su ejército en varios trozos: Francisco de Zieza fué á atacar á Chaan-Cenote, Juan de Aguilar á Pixtemax, y él mismo Montejo á Chemax: Hernando de Bracamonte fué destinado á recorrer varios pueblos, que aunque no se habían alzado, había temor de que se sublevasen.

En Pixtemax encontró Aguilar á los indios fortificados en una altura que fué necesario tomar por asalto: se rompieron los fuegos y los indios en vez de dispersarse, se sostuvieron con tesón y coraje. Uno de los soldados de Aguilar, Sebastián Vásquez, se adelantó demasiado y fué cercado por ciento cincuenta indios, contra los cuales pugnaba á brazo partido; pero siendo él solo, y los enemigos numerosos, hubiera sido matado, si por su buena suerte no le hubiera distinguido en tan gran aprieto el capitán Aguilar que por el otro lado subía con algunos soldados al asalto: acudió presuroso á su socorro, y atacando á los indios libró á su subalterno de una muerte segura. El arrojo de Vasquez favoreció, pues los indios que le atacaban, viéndose repelidos, metieron el desaliento en su campo y se declaró la fuga: Pixtemax quedó en breve en poder de los españoles.

Por el rumbo de Chemax también se habían conseguido fáciles victorias contra los desunidos indios. Ocupado Chemax, Montejo sacó varios piquetes á explorar los campos, descubrir las rancharías y guaridas de los indios y reducirlos á volver á sus pueblos. Los españoles estaban interesados en que los indios no emigrasen á las selvas sino que volviesen á habitar sus pueblos y así no se disminuyese el tributo correspondiente á los enco-

menderos: después de una batalla, siempre procuraban atraer á las familias fugitivas en el bosque tratarlas bien y persuadirlas á que volviesen á sus hogares.

Dos exploradores vinieron al campamento con la noticia de que habían divisado un gran número de indios en una sabana, que aparentemente se estaban preparando á dar algún inesperado golpe. Montejo hizo salir al momento sesenta hombres al mando de Sebastián Vásquez y Francisco Briceño, el viejo. Atravesando espesos bosques por veredas casi impracticables, dieron con el campamento indio y cayendo de improviso, consiguieron desbaratarlo, cogiendo cuarenta prisioneros, con los cuales volvieron al lado del capitán general Montejo.

Francisco de Zieza, que había ido al cacicazgo de los Tazes con el carácter de capitán y justicia mayor, tuvo algunos encuentros en cuatro meses que duró su expedición: cogió prisioneros á algunos principales culpables y los castigó: consiguió al fin dejar pacificado todo el territorio de los Tazes, y se volvió á Valladolid.¹

Ocupados estaban todavía los españoles en dominear á los Cupules y Tazes, cuando estalló otra sublevación en el cacicazgo de Chetemal. Los naturales del pueblo de Chanlahcah se alzaron y mataron á Martín Rodríguez, su encomendero, y se temía que otros pueblos del mismo cacicazgo siguiesen el ejemplo: los ánimos estaban agitados, y no era improbable que nuevos alzamientos viniesen á aumentar la angustia y recelo en que estaban los

¹ *Relación de la villa de Valladolid á S. M.*

vecinos de Salamanca de Bacalar: asustados éstos, enviaron correos á Mérida y Valladolid, pidiendo con instancia se les enviasen socorros de gente con que pudiesen someter á los rebeldes de Chanlahcah. Francisco de Montejo, el sobrino, aunque tenía á su gente cansada y apenas suficiente para mantener la paz en el territorio de su mando, juzgó urgentísimo ayudar á los de Salamanca; no fuese á suceder que acrecentándose por aquel lado la rebelión, diese alientos á los mal pacificados habitantes de la comarca de Valladolid, y así ordenó, el 6 de Febrero de 1547, al capitán Juan de Aguilar, que con veinticinco soldados de á caballo fuese á pacificar á los rebeldes de Chanlahcah.

Aguilar desde Chemax se puso en camino y cruzó el dilatado territorio que separa esta población de la laguna de Bacalar: tuvo dificultades en el trayecto con encuentros de indios que le procuraban cerrar el paso; tuvo que abrirse camino por selvas inextricables y padecer hambre y sed por falta de agua y bastimentos. Atravesando un día un matorral, el capitán Aguilar se anticipó á su tropa un pequeño espacio, y cuando iba distraído, repentinamente se sumió desapareciendo de la vista como si la tierra lo hubiese tragado con todo y caballo: en el primer momento, todos quedaron sobrecogidos de espanto, se detuvieron como movidos de un resorte, temiendo haber caído en una celada; mas notando el más completo silencio, y repuestos del susto, se acercaron con precaución al lugar donde vieron desaparecer al capitán, en tanto que éste vuelto en sí del primer golpe de estupor, se daba cuenta de lo que le había acontecido era que cami-

nando descuidado vino á dar á la boca de un cenote que la maleza había encubierto totalmente á la vista, y, faltándoles el piso, caballo y caballero habían caído al fondo, aunque sin haberse hecho daño alguno.

Llegado el capitán Aguilar á Salamanca, encontró á todo el vecindario presa del más completo pánico temiendo á cada momento un levantamiento general de indios. La presencia del capitán Aguilar y los triunfos que refirió, alcanzados en territorio de Valladolid, restablecieron algo la tranquilidad, aunque no tanto que dejaran de urgir para que se hiciese un escarmiento con los de Chanlahcah, que aun permanecían altivos negando la obediencia al cabildo de Salamanca. Los vecinos de esta villa instaban al capitán Aguilar á que sin perder tiempo se trasladase al pueblo rebelado, lo atacase, prendiese á los jefes y los castigase severamente.

Deseando calmar sus aprehensiones, Aguilar salió inmediatamente de Salamanca con su tropa reforzada con los españoles vecinos de esta villa y con indios naborias que siempre acompañaban á los españoles en sus expediciones: llevó también consigo á la esposa del cacique de Chanlahcah á quien encontró en Salamanca, y de la cual se propuso sacar la ventaja posible para con su esposo: pensaba evitar todo derramamiento de sangre y ensayar los medios conciliatorios antes de entrar en las vías del rigor.

Se embarcó la expedición en varias canoas en la laguna de Bacalar, pues Chanlahcah estaba situado en una isleta á donde se llegaba despues de atravesar la laguna, varios esteros y ríos. Las

canoas enfrentaron con el pueblo y se detuvieron: el desembarque tenía que ser muy difícil por estar toda la isleta fortificada y los indios muy decididos á batir á los invasores: Aguilar hizo desprenderse una canoa de parlamento llevando un mensajero con atento recado al cacique de Chanlahcah diciéndole que no se venía á hacerles daño si ellos se sometían, y que, en prueba de su buena disposición, el capitán Aguilar traía á la esposa del cacique para devolver-sela: el cacique que amaba entrañablemente á su esposa, se enterneció al saber que se la traían muy considerada y agasajada, y desde luego se previno favorablemente hacia el capitán Aguilar. Se trasladó con seguridad y confianza á bordo de la canoa que montaba el capitán, y después de una breve conversación ajustó las paces: Aguilar lo trató con especial agrado, con atención expresiva y cariñosa, le hizo muchos regalos; pero lo que más encantó al cacique fué la relación que le hizo su mujer de las muchas atenciones que había recibido de parte del capitán Aguilar.

Volvió el cacique al pueblo en compañía de Aguilar, entraron los españoles, se publicó una amnistía general, el pueblo volvió á reconocer á las autoridades de Salamanca, y el cacique fué confirmado en su gobierno.

La sumisión de Chanlahcah hizo desaparecer toda semilla y veleidad de rebelión en Chetemal, y el capitán Aguilar y su gente pudieron regresar á Valladolid, en donde después de cuatro meses de luchas y zozobras todo había vuelto á entrar en orden.

Desde Mérida, el Adelantado había estado diri-

giendo la campaña de oriente y también vigilando que la rebelión no cudiese en otros distritos. Tan pronto como se encargó del gobierno, extremó su política de nepotismo, que ya le criticaban, y que tantos disgustos debía acarrearle: en las elecciones municipales de Enero de 1547, hizo recaer los nombramientos en sus parientes y paniaguados: hizo regidores á su hijo y á su sobrino, á Alonso López, su cuñado, hermano de su mujer, á Juan de Esquivel, su entenado, á Beltran de Zetina, su cuñado, á Rodrigo Alvarez, su secretario, á Francisco Tamayo Pacheco, cuñado de su hijo, y á Pedro Galiano, su adicto partidario: por alcaldes fueron nombrados Gaspar Pacheco y Pedro Alvarez á quien el Adelantado favorecía desde los tiempos de su gobernación en Tabasco y seguía sosteniendo á pesar de los graves atentados de que era responsable.

A consecuencia de la sublevación de los orientales y de la muerte de muchos españoles en acciones de guerra ó alevosamente asesinados, vacaron varias encomiendas que el Adelantado se ocupó en proveer de sucesor. Se le acusa de haberse portado en esta provisión con demasiado egoísmo, porque en vez de distribuir las encomiendas vacantes entre los conquistadores más beneméritos, una se adjudicó y otras concedió á sus parientes. Se refiere que encomiendas que antes pertenecían á siete ú ocho personas las concedió todas á su cuñado Alonzo López, y permitió luego que éste las trocara por otras que poseían vecinos de Mérida: á su esposa D^a Beatriz de Herrera, también le adjudicó encomiendas en Tabasco y en Yucatán; á un mestizo, hijo suyo que tuvo en Tabasco con una india,

también le dió la encomienda que había tenido el conquistador Gaitán, vecino de Salamanca; para sí tomó, además de las encomiendas que su hijo le había adjudicado, la de Anicabil, pueblo cercano á Mérida, que quitó á su hijo, Nolo que quitó á su sobrino, y Xecul del cacicazgo de los Peches: Champotón y San Francisco de Campeche, que habían estado en su nombre, los transfirió á su hija D^a Catalina.¹

En Champotón fundó el Adelantado el primer ingenio de azúcar, y á los trabajos de esta finca obligó á los indios de Campeche y de Champotón, que de ciento en ciento iban por turno á hacer su tarea: aprovechó igualmente el trabajo personal de los indios en fabricar en la plaza mayor de Mérida una hermosísima casa de mampostería con salones de doscientos pies cada uno, y en cuya construcción se ocupaban constantemente trescientos ó cuatrocientos indios: hacía estancias de ganado y de labor, y se preparaba, en fin, á sacar todo el provecho posible de su situación: á ello lo impulsaba su esposa D^a Beatriz que ejercía sobre él grande influencia y dominio: esta señora tenía puesta una gran casa bien provista de indias que le servían de cocineras, molenderas y otras labores domésticas: D^a Beatriz se complacía en recibir y regalar con profusión en su espléndida casa á los amigos y personas distinguidas.

En Febrero de 1547, se decidió enviar á la corte de Madrid á Fray Nicolás de Albalate, con el ob-

¹ Carta de Fray Lorenzo de Bienvenida á S A el príncipe D. Felipe, de 10 de Febrero de 1548.—Capítulos puestos á D. Francisco de Montejo por los moradores de Mérida.

jeto de que expusiese al rey y al Consejo de Indias verbalmente la situación política, social y religiosa de toda la provincia de Yucatán. Los religiosos fueron quienes proyectaron el viaje del padre Albalade; mas trascendido por otras personas, el cabildo de Mérida acordó también darle poder y una carta para el rey: quiso igualmente el adelantado Montejo hacerle portador de una carta en que hacía relación al soberano de sus méritos y servicios. Partió, pues, el religioso, llevando tres cartas: una de los misioneros, otra del cabildo de Mérida y otra del Adelantado Montejo. En la primera se solicitaba que la gobernación de Yucatán estuviese en lo de adelante sujeta á la Audiencia de México; que se proveyese de un obispo que castigase los malos ejemplos de algunos clérigos y fuese protector de los indios; que se echase ó reformase á varios religiosos mercenarios que andaban por acá; que se hiciese un arancel conforme al cual los indios pagasen el tributo á los encomenderos y á la corona; que se aboliese la mala costumbre que tenían los indios principales de los pueblos de reducir á la esclavitud á los niños y niñas que quedaban abandonados por muerte de sus padres; que se asignasen pueblos encomendados á la real corona que no pagasen más tributos que al rey, porque en los pueblos constituidos de esta manera los indios eran mejor tratados y la instrucción religiosa era más fácil.¹

El cabildo de Mérida, después de hacer sucinta relación de los servicios de los conquistadores y pon-

¹ Carta de Fray Juan de la Puerta, comisario, y de otros franciscanos, al Real Consejo de Indias, de 1.º de Febrero de 1547.

derar la pobreza y esterilidad de la tierra, solicita que se provea la gobernación de obispo particular, y que en lo de adelante Yucatán vuelva á estar debajo de la jurisdicción de México; que los indios sean obligados á residir y estar en sus pueblos y que los que se fueren á los bosques se les vuelva á sus asientos, «porque cuando están viviendo en los montes ó andan escondidos en ellos, en pareciéndoles que es bien que den guerra, se alzan y hacen muy grandes alborotos».¹

En la carta de D. Francisco de Montejo, pide que se provea de obispo á Yucatán; que la provincia vuelva á estar sujeta á la audiencia de México; y que se obligue á los indios á permanecer en sus pueblos. Haciendo recapitulación de sus servicios, asegura que ha gastado mas de cien mil castellanos en la pacificación de Yucatán y en México, para ir á Honduras, y se queja de que viéndose pobre y adeudado, mande el rey que los gobernadores no tengan encomiendas, y que «mientras se dan dos mil castellanos de salario á gobernadores que van á pueblos conquistados y pacificados, á él que pasó todos los trabajos de la conquista y aun tuvo tres gobernaciones, no se le han dado sino doscientos cincuenta mil maravedis de salario».²

Por este tiempo había vuelto de México, y se preparaba á hacer viaje á España, el Lic. Hernán Sánchez de Castilla, émulo del Adelantado: había venido á Mérida en compañía de un caballero llamado D. Luis de Zayas, que se había alojado en su

¹ Carta del cabildo de Mérida de 8 de Febrero de 1547.

² Carta de D. Francisco de Montejo, adelantado de Mérida, de 18 de Febrero de 1547.

casa. Como persistía en su propósito de ir á presentar sus quejas al Rey, y ya había presentado varias en México, era muy mal visto de los partidarios del Adelantado: llegaron á oídos de Castilla varios rumores contra su persona, y le preocuparon tanto que mandó llamar un albañil para que cerrase las ventanas de su casa, abiertas y sin reja que se usaban entonces; pero ni esta precaución le salvó, porque una siesta, yendo para su casa, se le presentó el alguacil mayor, Cristóbal de San Martín, acompañado de Pedro Alvarez, Juan Vela, Juan de Contreras y Pedro Galiano: el alguacil mayor sacó la espada, é intimó prisión al licenciado; pero éste, arrebatado y fogoso, echó mano también á la suya, y quiso defenderse: en mala hora se le ocurrió tal pensamiento, porque, apenas desenvainó la espada, los compañeros del alguacil, saliendo por detrás, le dieron dos cuchilladas en el colodrillo, en el lado izquierdo, y otros muchos golpes en las espaldas que le obligaron á rendirse: era que Pedro Alvarez y Cristóbal de San Martín lo habían acusado por calumniador; porque los había acusado de falsarios en México. Seis meses estuvo preso el Lic. Sánchez de Castilla, primero en su casa y luego en la cárcel pública; mas como el licenciado había traído una carta de recomendación del virrey D. Antonio de Mendoza, el Adelantado envió á decirle con Gaspar Pacheco y Melchor Pacheco, su hijo, que hiciese las paces con San Martín y Pedro Alvarez. Con la mediación de los Pachecos, el licenciado vino en hacer una aparente reconciliación, y fingiendo que desistía de todas sus quejas, solicitó permiso para ir á la corte á traer á su esposa: le permitieron par-

tir y en Madrid presentó formidable acusación contra el Adelantado, su hijo, parientes y amigos, acusación, que unida á una carta escrita posteriormente por Fray Lorenzo de Bienvenida, dió origen á la residencia y destitución que poco después sufrió el Adelantado.

Don Luis de Zayas atemorizado con la prisión y herida del Lic. Sánchez de Castilla, temió que á él le envolviesen en el caramillo, por lo cual juzgó prudente ir á visitar al Adelantado y descubrirle sus temores pidiéndole su amparo: no queriendo demorar un instante el paso, se fué rectamente á su casa y le encontró acompañado de una corte de amigos: dirigiéndose á el con toda solemnidad, le apostrofó diciendo: «Señor, á Hernando Sánchez de Castilla han herido á traición, y malamente y tiene heridas de muerte; suplico á vuestra merced que pues poso en su casa, que vuestra merced me dé su carta de amparo como justicia mayor de Yucatán, porque no me maten.»

El Adelantado escuchando con todo reposo estas enfáticas palabras, tranquilizó á Don Luis haciéndole comprender que ningún peligro corría su existencia, y, con el ánimo de que se sosegase completamente, le instó á que pasase á vivir á casa del conquistador Pedro Galiano: no se hizo de rogar D. Luis, pues sabía, que este Galiano era uno de los favoritos de Montejo, y así en su casa estaría en perfecta seguridad y á su gusto.

Otro de los adversarios del Adelantado, el Lic. Villafrades, vecino y conquistador de Mérida, sufrió también una visita domiciliaria y cateo de su casa con motivo de haberse trascendido que estaba pre-

parando unas cartas de relación dirigidas á la corte contra Montejo. Una noche mientras el licenciado cenaba, entró la justicia súbitamente á cata calle y empezó á practicar el más riguroso registro con el objeto de apoderarse de las consabidas relaciones que se deseaban secuestrar á fin de que no llegasen á su destino: el cateo fué inútil, porque al ruido que hizo la ronda al entrar á la casa, la esposa del licenciado, que pasaba de lista, tomó el cofrecito donde guardaba las relaciones y dándolo rápidamente á una india sirvienta suya, le ordenó lo llevase á esconder al campo: esto era fácil porque el corral de la casa cercado de albarrada, daba á otra calle distinta de aquella por donde la ronda entró, de modo que la india pudo salir furtivamente, llevando el cofrecito y fué á ocultarlo donde las miradas de la justicia no alcanzaban: el alcalde, jefe de la ronda en vano hizo registrar muebles, habitaciones y lugares sospechosos, no pudo dar con las relaciones, y en medio de su desconcierto por haber fracasado en su pesquisa, se contentó con llevar preso al licenciado Villafrades á la cárcel, donde le echaron unos grillos y le pusieron de pies en el cepo.¹

El presidente de la Audiencia de los Confines encargó al cabildo de Mérida de la ejecución de la ley que ordenaba privar á los gobernadores, á sus mujeres é hijos menores de las encomiendas que se les hubiesen colado. El ayuntamiento compuesto de amigos de los Montejos, no cumplió la disposición,

¹ Capítulos puestos á D. Francisco de Montejo, gobernador de Yucatán, por los moradores de Mérida de Yucatán, sobre varios excesos que había cometido.

y así el Adelantado si bien fué destituido de las encomiendas que tenía en Honduras, conservó las de Yucatán bajo la tolerancia de la audiencia á que estaba sujeto y que presidía su yerno.

La Audiencia de los Confines nombró al Lic. Rogel para residenciar al Adelantado, á su hijo, y demás capitanes de la conquista.

Ya el Adelantado había estado sometido otra vez á residencia, cuando era gobernador de la sola provincia de Tabasco. La Audiencia de México había entonces comisionado al Lic. Tercero, quien después se metió fraile francisco: al llegar este licenciado á Tabasco, se hospedó en casa de un clérigo llamado Gerónimo Gutierrez, favoreció mucho á los indios y amparó su libertad hasta el grado de condenar á muerte á los que se ocupaban en esclavizar indios y venderlos: este procedimiento enérgico, y haber dado por libres veinticinco ó treinta indios esclavos, le concitaron la inquina de los esclavistas hasta el punto de que entraron una noche á su casa escalándola, y, á pesar de las voces que dió, le sacaron los indios que allí tenía y que había dado por libres.

El Lic. Rogel, segundo juez de residencia del Adelantado Montejo, pasó de benigno y misericordioso: inició su procedimiento con un paso torpe y evidentemente inclinado á favorecer á Montejo: en vez de trasladarse á Yucatán, donde moraban los que podían haber sido agraviados, constituyó su tribunal en Chiapas¹ y desde allí convocó por edictos

¹ Podría alegarse en defensa de Rogel que Chiapas pertenecía á la gobernación de Montejo; pero aun esta circunstancia no lo disculpa, pues en todo caso debió constituirse sucesivamente en las capitales de Chiapas, Ta-

á todos los que tuviesen alguna queja ó reclamación qué deducir, apercibiéndolos para que se presentasen, seguros de que les haría cumplida justicia. Semejante convocatoria era para los vecinos de Yucatán no solamente inútil, sino además ridícula é irrisoria, pues por más razones y agravios que tuviesen que exponer, era demasiado larga la distancia y asaz penoso el viaje, para que alguno osase emprenderlo, arrojando por añadidura los enojos del Adelantado y de sus partidarios que eran tan poderosos. Y para dejar completamente nulificada la residencia, los alcaldes de Mérida acabaron la obra comenzada por Rogel: mandaron pregonar un bando, en el cual por el recelo del levantamiento de indios, ordenaban que ninguna persona fuese osada á salir fuera de la tierra sin licencia de la justicia, so pena de cincuenta castellanos de oro para la cámara de Su Magestad.

Con esta última medida si alguno pensó en hacer el viaje á Chiapas, desafiando muy malos caminos y ríos y esteros y lagunas, desistió de su proyecto con el miedo de la multa: nadie, pues, se ostentó acusador de los Montejos, ni de ninguno de los otros capitanes de la conquista, y el pacato Lic. Rogel, pudo declararlos á todos por libres de toda responsabilidad,

En el año de 1547 los vecinos de Yucatán no se conformaban con estar sujetos en lo eclesiástico al obispado de Chiapas, y deseaban que se les diese obispo particular que viviese en el país y más de cerca pudiese atender á las ingentes necesidades

basco y Yucatán, á fin de facilitar á los agraviados la presentación de sus quejas.

espirituales que se palpaban á cada momento. La conversión de los indios, la formación y disciplina de un clero secular, virtuoso, inteligente y sabio, la morigeración de las costumbres, la regeneración del hogar doméstico, todo reclamaba la presencia de un obispo propio en Yucatán, y así toda la correspondencia del tiempo pedía á una voz al rey que promoviese la erección de la catedral de Mérida y el nombramiento de un obispo particular de Yucatán. El capitán general, los ayuntamientos, los conquistadores, los religiosos, todos sin discrepancia solicitaban con ansiedad la venida del obispo. Cuando de esto se trataba, llegó al país un fraile dominico llamado Villagómez, hombre avariento, ignorante y ambicioso, que en el desempeño de su profesión, más buscaba su propio interés y la honra que no el servicio de Dios y del prójimo: fué enviado de cura á Valladolid, y estando allí supo que se trataba de promover el nombramiento de obispo; saberlo y creerse él del todo apto y adecuado á llevar la mitra, fué todo uno, y desde ese momento se puso á trabajar á fin de que le hiciesen obispo de Yucatán: recogió firmas en su favor, pidió cartas de recomendación, y las consiguió despachadas á su gusto, de modo que decía á boca llena, que si el obispado no estuviese proveído al llegar él á España, de seguro sería preconizado porque, fuera de las recomendaciones y cartas suplicatorias que llevaba, y en que lo pedían de obispo, contaba en la corte con el favor de personas muy influyentes, y con el prestigio de su linaje, descendencia de los godos.

Los religiosos franciscanos no se dejaron engañar por este ignorante ambicioso que no sabía ni leer,